

# RELACION NUEVA,

# EL PEREGRINO EN LAS ONDAS,

## Y TRAGEDIA DE POLICARPO Y NARCISA.

PUes la historia me has pedido
de mi soberbia, y poder,
para haberla de saber
oye lo que no has oído:
En la educacion primera
de mi inocente puericia,
estando en brazos del Ama
una tarde, á las orillas
del Nilo, soberbio rio,
que toda el Asia registra,
divertido en las arenas,
que sus cristales salpican,
una ola me arrebató,
y con altivéz impia
me condujo la corriente,
y entre la broza, y la lima
me suspendió, y tres Auroras
sus alcobas cristalinas
fueron cunas, que alagueñas,
de los vientos impelidas,
con humedecido albergue
me arrullaban, y mecian.
Explayóse el rio tanto,
que se perdia de vista,
por mas que se delineaba
de una orilla á la otra orilla.
Entre una, y otra borrasca
llegué á un recodo, que hacia
un remanso, y Policarpo,
con una voluntad pia,
del peligro me sacó;
y alvergado en la benigna
compasion de su cariño,
á una cueva me retira,
breve alvergue de su aspecto,
donde sus entrañas frias
eran funesto sepulcro
de Policarpo. Vivia

tan dueño de las montañas,
que las fieras fugitivas
á una voz de este prodigio
unanimes se rendian.
Crióme sin conocer
á otro Padre, y me decia:
Otro Policarpo eres.
Y estando despacio un dia
me dijo: Tu has de sér, hijo,
el báculo de mi vida,
porque sabe que fui yo
quien te libró de la ruina
de este monstruo, que humedece
con sus ondas cristalinas,
desde donde nace el Alva,
hasta donde el sol espira.
Un año, segun la cuenta,
quando te libré, tendrias,
y hoy te hallas con diez y ocho,
segun tuve las noticias
de diversos pasageros,
que estas asperezas pisan:
sé, que en calidad excedes
á la prosapia mas limpia,
que en toda Creta se halla,
y yo te daré noticia
mas por menor de quien eres,
porque ahora me dá prisa
el cuidado del ganado,
que pasta por las colinas,
y es tiempo de que al aprisco
se alvergue: tu á esa vecina
fuente vé por agua. Fuese,
y yo quedé en mis fatigas
vacilando, y discurriendo
sobre la rústica vida
que entre las peñas pasaba,
adornado con pellicas,
que de las reses quitaba,
siendo el zapato, y la liga
unas albarcas groseras,
y unos listones de pita,
siendo un rústico cayado
la espada que me ceñia,
la honda mi mejor flecha,
mi brazo arco que la tira.
En fin, salí á divertir
estas continuas porfias
á las aves, que cantaban,
y á las aguas que corrian;
quando en ayes mal formados
una dulce voz me heria
el oido, sigo su acento,
y al pie de una bronca encina
vi una muger (qué prodigio!)
vi una estrella (voz indigna!)
vi un lucero (corto elogio!)
no sé como te repita
lo que vi: una pariedad
de noble expresion me sirva.
No has visto en la primavera
al crepusculo del dia
esparcir el Sol su luz
entre celestes cortinas,
y en arreboles de nacar
esculpir doradas lineas,
y que sigan sus reflejos
á todos cuantos le miran?
Pues asi yo quedé inmovil,
y con unas voces tibias
me dijo: No me des muerte,
monstruo cruel, advierte, mira,
que un decreto celestial
á este sitio me encamina.
En el alma, bello hechizo,
tienes amante acogida,
dime, quien eres? De Venus
soy Dama, y aqui me envia
á que todos los zagales
incienso á sus cultos rindan

en su soberano Templo.
Cómo te llamas? Narcisa.
Dije: Bello hechizo, yo
seré tu norte, y tu guia,
y quien sin violar tu imagen,
amante tus pasos siga:
esperame un breve instante,
mientras voy á esas vecinas
florestas, á buscar algo,
con que el cansancio redimas.
Fuime, y á muy breve rato
vuelvo, y escucho á Narcisa
decir: Primero, villano,
que tu torpeza consigas,
yo misma me daré muerte,
mi paso á su voz camina,
y hallo á Policarpo (ha, Cielos,
no sé como lo repita!)
en lascivo amor envuelto,
toda su vejéz en piras,
su senectud en Vesubios:
el zelo, y saña me olvida,
que mi educacion le debo,
y desgajando una encina,
un golpe le dí tan fuerte,
que en débiles agonias,
lo que fué Moncayo ardiente,
era deshecha ceniza.
No fué esto lo mas, Señor,
sino que con las fatigas
de la muerte, una saeta
del arco arrojó tan viva,
que el pecho rompió de nieve
de aquella luz sensitiva.
Por la rotura villana
coral liquido vertia;
y con palideces muertas
pronunció voces tan vivas,
que un puñal cada palabra
en el corazon me heria.
Mil veces mal haya, dije,
padre tan cruel, que propicia
á la espalda de la gloria
me tuvo la muerte en miras!
Conspirados contra mi
acabad con esta vida
triste, que el hado me ha dado,
y tu, padre, á quien debia
educacion, y crianza,
antes tu tirana vista
hubiera cegado, que
me sacáras de la orilla
del rio que me robó:
antes mi tierna puericia
pasto fuera de los peces,
que no vér la luz divina
ser despojo de un aleve,
por una pasion lasciva:
Adoré sus bellas manos,
copié su luz en la viva
imagen de toda el alma.
Todo yó era tropelias,
y todo necias ideas;
quando un Oso á mi encamina
los pasos, y con cariño
entra en la cueva, y con pia
barbaridad se llevó
el cadaver de Narcisa,
por mas que estorvarlo quise,
no lo permitió la prisa
de aquel barbaro vestiglo;
subió riscos, llanos pisa,
montes trepa, pasavalles,
y á poco rato la vista
percibió, que en una cueva
con la presa se escondia.
Arrojéme á su aspereza,
y en sus entrañas oia,
que el aire oprimido gime,
que la frigidéz suspira

lamentos inestinguibles,
bostezos que me decian:
Joven, no adelantes paso,
huye tu peligro, mira
que á la muerte van directos
los alientos que respiras.
Atropellé por los riesgos,
sin saber lo que me hacía,
y despues de muchos sustos,
me miré entre las delicias
de aromas, y de cantuesos:
alli las fuentes narcisas
de los arboles copados,
con lenguas mudas decian:
Entre tan Sabeos humos
nos ausentamos corridas.
Los Ruiseñores clarines
de amenidad tan divina,
con lo du ce de su acento
el alma me suspendia.
Quando por una vereda
con una antorcha, Narcisa
veo, que ácia mi se viene,
y con una amante risa
me dice: Joven valiente,
tu fortuna en tu osadia
se cifra, sigue esta luz.
Yo, celebrando la dicha
de que vivo era mi dueño,
sigola, cuando improvisa
una nube á mi se viene,
y con furia intempestiva
me arrebató, de tal suerte,
que á poco espacio media
la diafanidad del aire,
ya no percibe la vista,
ni monte, valle, ni prado,
yo me vide á las vecinas
estrellas, lucero errante.
Quando con la furia misma
á este espacio me condujo:
Oí la dulce armonía
de las cajas, y clarines
que en este campo se oian:
supe como aqueste ejército,
gran Señor, tu le regías,
mi espiritu belicoso
á ti rinde la osadia,
que en los montes heredé:
mi valor, Señor se alista
al arbitrio de tu orden,
que el primero en las salidas,
que se ofrezcan, seré yo,
que pues la fortuna mia
de mi patria me arrojó,
yo he de vér si en la milicia
puedo obscurecer la mancha
que heredé en las peñas frias,
ya que he perdido la luz,
que amante el alma seguia.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de Don Rafael Garcia Rodriguez, Calle de la Libreria.